

Con la presteza con que el hierro vibra,
 Presteza igual á aquella con que el grano
 Parte al girar la rueda de un molino.

Mas, con el hierro en mano,
 A interponerse vienen Serpentino,
 Ferragut, Isolerto, el rey Grandonio,
 Y otros varios guerreros
 Del campo de Agramante los primeros.
 La causa hé, pues, del ruido que se escucha
 En el opuesto pabellon, en donde
 Con golpes solo el tártaro responde
 Al que de hacer cesar trate la lucha.

Pronto, llegando á oídos de Agramante
 El combate feroz que, segun uso,
 Trabaron Rodomonte y Sacripante,
 De ver tanto desman triste y confuso,
 Bajo el cuidado de Marsilio puso
 Esta parte del campo, miéntras coto
 Fué á poner él por otra al alboroto.

Al ver á su señor atras el paso,
 Refrenando su ardor, con obediencia
 Vuelven el argelino y el circaso.
 Con grave tono y con semblante austero
 La causa inquiere de esta atroz pendencia,
 Infórmase de todo;

Mas busca en vano de apagarla un modo.
 El circaso no quiere que en Frontino
 Se presente á la lid el argelino,
 Como ántes dócil este
 No le venga á rogar que se lo preste.
 Impelido el de Argel por su denuedo,
 Le responde: « Ni á tí ni al cielo es dado
 « Hacerme que suplique, cuando puedo
 « Obtener el corcel mal de tu grado. »

Del circaso en seguida el rey se informa
 Cuales son sus derechos, en que forma,
 Cuando el corcel, por quien le fué robado.
 Sacripante á este ruego se conforma,

Y, no sin que de púrpura se tiña
 Su faz, punto por punto al rey confiesa
 Como el autor de esta sutil rapiña
 Llevó á cabo su empresa,
 Con cuatro estacas sosteniendo astuto
 El rico arzon que decoraba al bruto.

Con los demas Marfisa acude al ruido,
 Y, oyendo hablar de aquesta fechoria,
 Se acuerda que perdido
 Ha su espada tambien ella aquel dia.
 A Sacripante agora
 Conoce y á Frontino,
 De quien seguir la huella voladora
 Quiso una vez por áspero camino.

Mas de un espectador que al vil, que gala
 De estas infamias suele hacer, divisa,
 El paraje señala
 Donde lo ve; Marfisa
 Pregunta á cada cual llena de anhelo,
 Y acaba por saber que el atrevido
 Que le robó su espada era Brunelo,
 Y por saber tambien que este delito
 Que amenazó del temerario el cuello,
 Hizo ¡ejemplo inaudito!
 Que Agramante su rey del suelo bello
 De Tingitania lo elevara al trono.

Marfisa, renovando antiguo encono,
 A vengarse se apresta del malvado
 Que, su espada despues de haber robado,
 Hablarle osó con insultante tono.
 Y revestida con las fuertes armas
 Que no dejó diez veces en su vida
 Desde que de la guerra las alarmas
 Empezó á conocer, á un escudero
 Pide el yelmo y con él en la cabeza
 A un alto do, entre grandes personajes,
 Sentado está Brunelo, se endereza.

Por agarrarlo por el pecho empieza,

Y en su brazo levántalo en seguida,
 Cual en sus garras encorvadas suele
 Alzar un pollo el águila atrevida,
 Y así lo lleva al sitio donde en vano
 El cuerdo rey de tanta lid se duele.

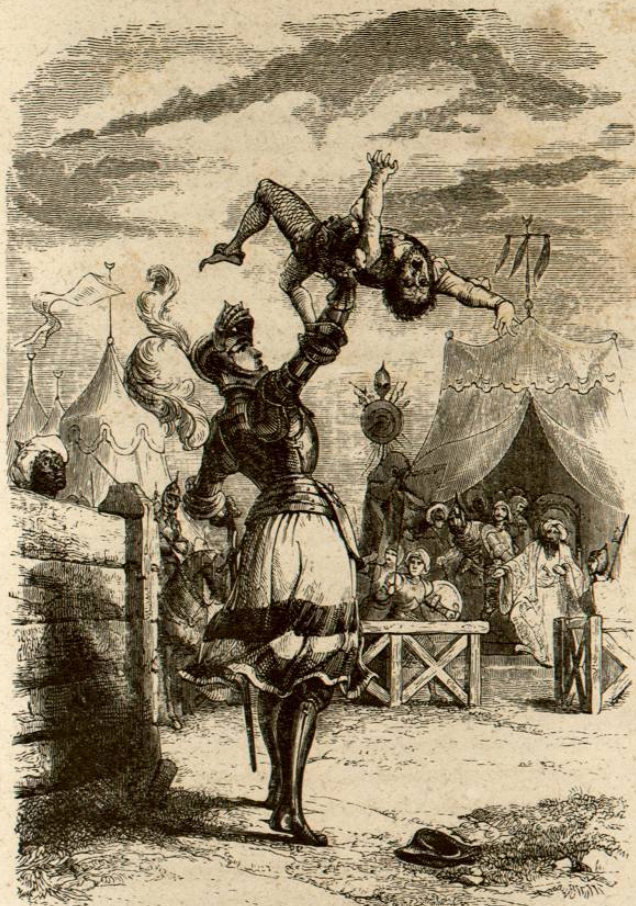
Brunelo inquieto su peligro mira,
 Pide merced, laméntase y suspira,
 Y, entre tanto tumulto y tanta riña
 Como resuena por el campo todo,
 La voz eleva el misero, de modo
 Que en torno de él la multitud se apiña.

Así llegó la virgen ante el hijo
 De Troyano, y colérica le dijo :

« Yo quiero á ese ladron que es tu vasallo
 « Por mi mano colgar de la garganta,
 « Pues despues de robar ese caballo
 « Mi espada me robó. Locura tanta
 « Fuera el contradecirme, que no creo
 « Exista quien se atreva; y si se halla,
 « Probarle que ha mentido es mi deseo
 « Con él saliendo á singular batalla.
 « Mas como yo no quiero que se diga
 « Que á provocarlo aguardo
 « Cuando pacto anterior las armas liga
 « A los héroes mas inclitos, retardo
 « Con placer esta lucha de tres dias,
 « Al cabo de los cuales, si no vienes,
 « O quien venga á estorbármelo no envias,
 « De ese bribon al águila y al cuervo
 « El cadáver en pábulo reservo.

« De aquí á tres millas, junto á aquel castillo
 « Que á la falda se ve de un bosquecillo,
 « Sola con una dama y con un paje
 « Me voy á colocar. Si alguno asoma
 « Que audaz venga á oponerse á mi coraje,
 « A combatir con él yo estoy dispuesta. »

Así diciendo, del alcázar toma
 La direccion sin aguardar respuesta,



KG

TIMMS

Venganza de Marfisa (T. II, p. 90)

ENTRADA DE MARFISA
 AL CASTILLO DE MONTESICOLI
 ALI. 1845

Y asido del cabello
 Teniendo siempre al vil, que vocifera
 Y de algun circunstante auxilio espera,
 De su corcel lo pone sobre el cuello.
 Queda de esta querella
 Tan confuso Agramante, que no sabe,
 Bien que esto serio le parezca y grave,
 Como hacer retornar á la doncella.

En mas de una ocasion pensado habia
 El mismo rey al pérfido, á quien odia,
 Colgar desde aquel dia
 En que por cobardia
 Perdió el anillo puesto á su custodia.

Esto no obstante, de Marfisa mira
 La accion como un insigne desafuero,
 Y siguiéndola quiere, ardiendo en ira,
 Escarmentarla él mismo con su acero.
 El rey Sobrino, empero, que presente
 Se hallaba, de esta empresa le disuade,
 Cual poco conveniente

A tan excelsa majestad, y añade :
 Que en mengua y en fatiga
 Redundará tan solo su victoria,
 Cuando de ella se diga
 Que una mujer le disputó la gloria.
 « Señor, » dice en seguida,
 « Que dejes que le cuelguen te consejo;
 « Yo, en tu lugar, aunque salvar su vida
 « Con mover solamente el entrecejo
 « Pudiese, vive Dios, que no lo hiciera.
 « Manda mas bien alguno á esa guerrera;
 « Dile que juez en esa lid te nombre,
 « Prometiéndole hacer que ese vil hombre
 « Con el dogal á la garganta muera.
 « Y si aun esto obstinada te negase,
 « Ver cumplido concédele su anhelo;
 « Conserva su amistad, pese á Brunelo,
 « Y á todos los ladrones de su clase. »

Al dictámen discreto
De Sobrino gustoso el rey adhiere,
Y, deponiendo al punto su coraje,
Manda que con respeto
A Marfisa se mire, y ni el mensaje
De que Sobrino habló mandarle quiere,
Que ansioso de evitar mayores males
Cállase, y sabe Dios cuanto le cuesta,
Por aplacar disturbios tan fatales.

De estos disturbios la Discordia rie,
Y, llena de contento,
Recorre el agitado campamento.
Tambien su triunfo á la Soberbia engrie,
Y, con rencor maligno
Leña y yesca lanzando en su impía lumbre,
Grita de modo, que á la etérea cumbre
Llega á Miguel de su victoria el signo.

Tiembla Paris y se estremece el Sena
A esta espantosa voz; la selva Ardena
Mas de una fiera, oyéndola, abandona.
Los Alpes, el Cevena
Y el Rin la escuchan; óyenla el Garona
El Ródano y el Sona;
Brama irritado el mar, y contra el seno
Trémula al hijo estrecha la matrona.

Cinco guerreros son los que revueltos
Estan con tanto estrépito y desórden;
Las iras de sus ánimos resueltos
Imposible parece no desborden.
Por hacer que este estruendo finalice,
Manda el rey Agramante á Rodomonte
Que á salir con el tártaro se apronte
A la lid de que es causa Doralice.

Veinte veces tratando de aplacallos,
Con uno y otro pláticas entabla;
Ya que son les recuerda sus vasallos,
Ya con cariño y con bondad les habla.
Mas como renunciar ninguno quiera

De Estordilano á la versátil hija,
Propone el rey que elija
Ella de entre los dos al que prefiera.

Ser predilecto el uno y otro espera;
Gustoso, pues, á todo lo que ordene
A someterse cada cual se aviene.
El de Argel, cuyo amor por Doralice,
Muy anterior del tártaro á la llama,
Hizo á aquel tan feliz cuanto felice
Puede ser un hombre que á una virgen ama,
Piensa, cual toda la africana hueste,
Que la dama por él se manifieste.
Ninguno ignora cuanto
Hizo por ella en guerras y torneos:
Necios todos por tanto
Del tártaro reputan los deseos.
Mas él, que veces mil con ella á solas
Vió sepultarse el sol entre las olas,
Sabiendo todo el bien que está en su mano,
Riyendo mira al populacho insano.

Ratificado por los dos guerreros
En las manos del rey aqueste pacto,
Se acercan á la bella Doralice,
Que, baja de rubor la vista, dice
Prefiere al de Tartaria. Estupefacto
El campo todo silencioso queda,
Y del de Argel es la vergüenza tanta,
Que alzar la vista en derredor le veda.
Mas, depuesto el rubor que su faz tiñe,
Con orgullo bien presto la levanta,
Decidido á apelar de esta sentencia;
Y la espada que ciñe
Desenvainando intrépido, en presencia
De Agramante y su corte, « de este acero
« Al fallo, » dice, « someterme quiero,
« No al de hembra fementida
« Que tan vilmente su deber olvida. »
De su ventura Mandricardo cierto,

Nuevo valor recobra,
Y, de sus armas viéndose cubierto,
Acepta la batalla; así zozobra
Nave próxima ya á tocar el puerto.
Mas de nuevo cesar esta querella
Hace Agramante, al rey de Argel mostrando
Que toda ley, trabándola, atropella.

La doble ofensa aqueste reparando,
Que simultáneamente
Por su dama y su rey hecha le ha sido,
A alejarse de allí bien decidido,
Dos hombres de armas entre tanta gente
Tomando, solo parte,
Su campo abandonando y su estandarte.

Cual, lleno de coraje,
Al vencedor cediendo su novilla,
Rugiente toro la frondosa orilla,
Los frescos pastos huye, y un paraje
Busca áspero y salvaje
Do pueda á todas horas libremente
Soltar las riendas al dolor que siente;
Tal, pues así su dama lo dispuso,
Rodomonte se va triste y confuso.

Por conquistar su buen corcel, lijero
Roger clava al que monta el acicate;
Mas recordando al punto que primero
Debe entrar con el tártaro en combate,
Vuelve atras, pues no quiere
Que, si esta lid difiere,
Su gloria el Sericano le arrebate.

Mucho duelele, empero, que á su vista
Al buen Frontino el rey de Argel se lleve.
Súfrelo, porque en breve
Piensa poder volver á su conquista;
Mas Sacripante, que otra lid no tiene
Que sostener, con rápida carrera
Tras de las huellas del de Argel se viene,
Y alcanzarle bien presto consiguiera,

Si, por extraño acaso,
Imprevisto suceso no viniera
Aquella tarde á detener su paso.

Junto al Sena pasando, ve una dama
Que, próxima á espirar en su corriente,
Pronto socorro misera reclama.
De su corcel la silla
Dejando, al agua salta diligente,
Y conduce á la virgen á la orilla.

Volviendo luego á do dejado habia
A su corcel pocos momentos hace,
Encuétralo que suelto se complace
En hacerse seguir todo aquel día.
Cogerle logra en fin el rey circaso,
É ignorando el camino
Que ha podido tomar el argelino,
Vaga doscientas millas al acaso.

Donde lo encuentra, y como su caballo
Pierde en la lid, quedando prisionero,
En este instante callo,
Que hablaros ántes quiero
Del dolor que al de Sarza agita el pecho,
Y narrar cuanto dice
Al partir de la tienda, en su despecho
Contra Agramante y contra Doralice.

Do quier que marcha, sus dolientes ecos
Van, encendiendo el aire,
A resonar en los peñascos huecos.
El nombre de la dama que desaire
Hizo á su amor, repite en voz confusa
Y así de ingrata y pérfida la acusa:

« ¿Ni mis largos servicios, ni las pruebas
« Que de mi inmenso amor te di mil veces,
« Han podido impedir que así te atrevas
« A hacerme del dolor beber las heces?
« Bien que á mi puesto al tártaro hoy elevas,
« No le amas mas que á mí; ni me aborreces:
« De esta mudanza, y todo queda dicho,

« La sola causa es mujeril capricho.
 « ¡Oh sexo abominable y engañoso
 « De que, en momento de rencor profundo,
 « Por quitarle su dicha y su reposo
 « Quiso dotar naturaleza al mundo,
 « Cual produjo á la vibora y al oso,
 « Cual de abispas y tábanos fecundo
 « Hizo al aire, y cual hace en los rastrojos
 « Entre el grano crecer cardos y abrojos!
 « ¿Porqué no quiso permitir que el hombre
 « Sin el concurso de mujer naciera?
 « ¡Qué! ¿no se ingerta, sin que á nadie asombre,
 « El manzano al peral, este á la higuera?
 « Mas injusta es natura, que su nombre
 « Es de mujer, si bien se considera;
 « Así pues, que trabaje en nuestro daño
 « A nadie debe parecer extraño.
 « No empero del halago al dulce arrullo
 « Os durmais porque madre el hombre os llama;
 « Que bien se abre entre espinas el capullo,
 « Y en pié fétido el lirio se encarama.
 « Incapaces de amor, llenas de orgullo,
 « Si la verdad se os dice, se os difama;
 « É ingratas, desdeñosas y crueles,
 « Sois perdición de corazones fieles. »
 Siguiendo así su marcha, ora con gritos,
 Ora con baja voz, en su ansia loca
 Denuestos infinitos
 Del bello sexo en detrimento exhala,
 Y á fe que se equivoca,
 Pues por una mujer que exista mala
 Hallarse pueden ciento
 Dignas de todo amor y miramiento.
 Yo hablo así, bien que ni una
 Fiel he podido hallar hasta este día;
 Mas no quiero, si ingrata me es fortuna,
 A la mujer culpar de alevosía;
 Muchas hubo hasta aquí; muchas advierto

Hoy ante quienes el rencor se calla;
 Mas de dar con la mala estoy yo cierto
 Si, entre mil buenas, una sola se halla.
 Antes empero de morirme, ántes
 Que del todo encanezca mi cabello,
 Quiero ver por mi mismo si inconstantes
 Los seres todos son del sexo bello.
 Si fiel una mujer (y fácil osa
 Mi amor propio esperar) hallar consigo,
 Con mi labio y mi pluma, en verso y prosa,
 A celebrarla sin cesar me obligo.
 Tanta es la furia que al de Argel acosa
 Contra el rey Agramante y la doncella,
 Que renegando pasa
 Su tiempo ora de aquel, ora de aquella.
 De África el suelo, en la ira que le abrasa,
 Ver deseara ardiendo en cruda guerra,
 Y ver de cada casa
 Rodando los escombros por la tierra,
 Y que envuelto Agramante en tal estrago
 Su reino pierda, y misero y mendigo,
 Venga su apoyo á reclamar. « En pago,
 « O mas bien en castigo
 « De su injusticia, » dice, « sobre el trono
 « Le haré subir de nuevo, y de un amigo
 « Le haré ver que, razon lleve ó no lleve,
 « Jamas la causa abandonarse debe. »
 De tal modo con la ansia que le aqueja
 Rodomonte corriendo reflexiona,
 Que al sueño ni un instante se abandona,
 Ni descansar á su caballo deja,
 De un día ó dos al cabo llega al Sona,
 Y á realizar se apresta su proyecto
 Bajando por el Ródano á Marsella,
 Que es para África el rumbo mas directo.
 Cubiertas ve del Sona las orillas
 De lanchas y barquillas
 Que de luengos y próximos parajes

Viveres acarrear y bagajes
Para la mora hueste,
Señora á la sazón de la comarca
Que de Pirene desde el suelo agreste
Hasta Paris y Montpellier abarca.

Descargada una á una cada barca,
Cuanto encierra en acémilas y en carros
Ponen, y su defensa
Se encarga á algunos de los mas bizarros.
Las campos cubre inmensa
Multitud de ganados,
Cuyos guardianes buscan junto al río
Albergue de la noche contra el frío.

Sorprendido el de Argel por noche oscura,
Acepta el hospedaje
Que á ofrecerle en su estancia se apresura
Un ventero que habita aquel paraje.
Después de haber pensado á su Frontino,
Se llega con placer hácia una mesa,
Do ve, entre viandas, exquisito vino,
Pues, moro en todo lo demás, confiesa
Que le gusta beber á la francesa.

Era el ventero el hombre de mas maña
Que en toda Francia entónces existia,
Pues que, entre tanta gente y tan extraña,
Su hacienda intacta conservado habia.
Con buena mesa y con mejor semblante
Acoge pues al rey, de quien no tarda
En descubrir debajo del semblante
Un pecho noble, un ánima gallarda.

Viéndole empero que el silencio guarda,
Y que ni el pié ni la pestaña mueve,
A hablarle no se atreve
El huésped, ni ninguno
De los parientes que á la venta trajo
Por dividir con ellos su trabajo.

Entre uno y otro pensamiento amargo,
Afligido el rey erra.

La vista en fin levanta de la tierra,
Y, cual aquel que sale de un letargo,
Sacúdese, suspira,
En torno suyo inquietos ojos gira;
Rompe luego el silencio, y de su pena
Al ver que la violencia se mitiga,
A cuantos ve pregunta si los liga
Al otro sexo amor con su cadena.
Que está casado cada cual contesta,
Y á cada cual, oyendo esta respuesta,
Ruega el rey que le diga
Qué piensa del cariño de su amiga.

Todos exclaman de comun acuerdo
Que buenas son y castas sus mujeres,
Excepto el huésped, que interrumpe: «Cuerdo
« No es reformar ajenos pareceres;
« Mas la opinion en que yo os tuve pierdo
« Viéndoos mostrar esa confianza loca.
« Ella á que os llame necios me provoca,
« Ya puesto á que, si dice lo que piensa,
« Abraza este guerrero mi defensa.
« Porque si, como el fénix, sin segundo,
« Amor feliz existe, no es extraño
« Ver tanto desengaño,
« Cuando apénas hay hombre en todo el mundo
« Que no piense inspirar amor profundo.
« Como vosotros yo pensaba antaño,
« Hasta que vino, por la suerte mia,
« Un caballero veneciano un día
« A hacerme abandonar error tamaño.
« Juan Francisco Valerio se llamaba,
« (Su nombre impreso tengo en la memoria).
« De la mujer la ingratitud notoria
« Me hizo, con mil ejemplos que sacaba
« De la moderna y de la antigua historia.
« Hizome ver que en pobre como en rica
« En grado igual existe la inconstancia,
« Con solo esta diversa circunstancia

« Que una la oculta, y otra la publica.
 « Entre un número inmenso de anécdotas,
 « De que me son ignotas
 « Al ménos ya las dos terceras partes,
 « Una me refirió que eternamente
 « Mientras que viva guardaré en mi mente.
 « De la mujer las engañosas artes
 « Cual yo veréis, veréis su desvergüenza;
 « Mi historia pues, si os place, así comienza :
 « Nada, » dice el de Argel, « nada contemplo
 « Capaz de darme agora mas agrado
 « Que una historia ó ejemplo
 « Conforme de mi espíritu al estado.
 « Para oirla mejor sentarme quiero
 « A tu lado y mirarte atentamente : »
 En el canto siguiente
 Sabréis lo que le dijo el posadero.

CANTO XXVIII.

Cuenta un posadero á Rodomonte la curiosa historia de Jocundo.
 — Embárcase el rey de Argel en el Sona, y llega por el Ródano
 á Montpellier. — Éntrase en una ermita situada junto á esta
 ciudad, y encuéntrase allí á Isabel, de quien se enamora.

A vosotras, ó damas,
 Y á los hombres que os miran con aprecio,
 Ruego que de un ignaro quitafamas
 No presteis atención al cuento necio.
 Daros no puede ni quitaros gloria
 Lengua tan vil, pues es verdad notoria
 Que cuando el vulgo censurar pretende,
 Habla siempre de aquello que no entiende.
 Dejad pues este canto, si molesto,
 Damas, os es. Mi historia
 Ménos completa no será por esto.
 Pues lo pone Turpin, aquí lo he puesto

Yo sin mala intencion ni fin siniestro.
 De mi amor cada dia
 Puebas os doy, y en la conducta mia
 Claramente os demuestro
 Que fui, que soy, que he de ser siempre vuestro.

Tres hojas pues ó cuatro
 Saltad, ó bien, si las leéis, os ruego
 Las mireis como farsa de teatro,
 O del ingenio humano como un juego.
 Mas á mi asunto torno,
 Y el cuento oid que, falso ó verdadero,
 A Rodomonte refirió el ventero.

— Trocando el ruido mundano
 Por la paz de una abadía,
 Colocó de Lombardia
 En el solio soberano
 Un rey á Astolfo su hermano.
 De este Astolfo tan preclara
 Era la belleza rara,
 Que de Zéuxis ni de Apéles
 El vigor de los pinceles
 A imitarla no bastara.

Bello, bello es en verdad;
 Mas iluso se figura
 Mayor aun su hermosura
 De lo que es en realidad.
 Al hablar de su beldad
 Se trastorna su cabeza,
 Y, halagando esta flaqueza,
 Se le entusiasmo de modo
 Que olvidar se le hace todo,
 Cetro, poder y riqueza.

De todos los de la corte
 De Astolfo era el predilecto
 Un romano, á quien, de afecto
 En medio á vivo transporte,
 Dice un dia : « ¿ En rostro ó porte
 « Conoces tú, Fausto amigo,